

catálogo



Santiago Roncagliolo

Abril rojo

Alfaguara, Madrid,

2006, pp.

Abril rojo

LUIS FERNANDO JARA

El año 2005 y lo que llevamos andado del 2006 están siendo muy promisorios para la literatura peruana. Autores con obras consolidadas en el Perú empiezan a ser publicados en el extranjero con inusuales éxitos editoriales y con sorprendente acogida de la crítica (Watanabe, por ejemplo); por otro lado, súbitamente, los más importantes premios literarios del mundo hispánico han recaído sobre autores peruanos. A los consagrados nombres de Vallejo, Vargas Llosa, Arguedas, empezarán a sumarse los de los ganadores del Premio Herralde, del Premio Alfaguara de Novela, del Premio Rulfo, del Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, etc. La literatura peruana consolida de este modo el prestigio que cada vez es más consensual entre críticos y creadores.

Santiago Roncagliolo (1975) es, a pesar de su juventud, una figura destacada en esa lista como el ganador del Premio Alfaguara de Novela 2006, con *Abril rojo*; antes, ya había rozado el estrellato cuando fue finalista del Premio Herralde 2004, con la novela *Pudor* (Alfaguara, 2004). Es autor también de la novela *El príncipe de los caimanes* (2002), del libro de relatos *Creecer es un oficio triste* (2003), de obras para niños, de guiones para telenovelas, de piezas dramáticas representadas con relativo éxito en escenarios latinoamericanos; a eso, hay que sumarle su enriquecedora experiencia periodística, en Perú y España. Su relación con el lenguaje es tan amplia como la versatilidad de los géneros que explora.

La historia de *Abril rojo* está ambientada en Ayacucho, lugar emblemático de la historia peruana. Durante la celebración de la Semana Santa –de un fervor especial en Ayacucho– del 2000, aparece una serie de cadáveres que hace sospechar la existencia de un asesino en serie o el resurgimiento de Sendero Luminoso. Esto, al menos, es lo que piensa el fiscal distrital adjunto Félix Chacaltana, la única autoridad que se muestra interesada en resolver el caso. Las otras lo minimizan preocupadas, sobre todo, porque no cunda el pánico, considerando el masivo turismo que ha atraído la celebración religiosa y unas elecciones presidenciales que el propio Chacaltana debe supervisar. La investigación que lleva a cabo revive los traumas asociados con la violencia terrorista en Ayacucho, lo involucra en unos hechos macabros y lo enfrenta a unos personajes tan turbios, que supondrán una metamorfosis psíquica y moral del aplicado fiscal.

Abril rojo tiene tantas virtudes como defectos. Roncagliolo es hábil para urdir la trama principal, para dosificar los golpes de efecto, para reproducir ambientes físicos y psíquicos, para construir diálogos con efecto escénico; en suma, sabe contar una historia, sabe darle al lector una narración fluida y ágil. Pero, hay gruesos errores (estructurales o de concepción) que desdican los logros de la novela: carga al personaje principal –el fiscal adjunto Félix Chacaltana– con tanto peso que los otros personajes parecen meras caricaturas contrastados con él.

Por otro lado, la solución que propone para resolver el caso no es consecuente con los datos que la novela proporciona: no hay suficientes indicios para justificar la radical transformación psicológica y moral del fiscal ni la supuesta enajenación del asesino. Es objetable también la visión simplificada de algunas costumbres, ritos y mitos de Ayacucho (el mito del Inkari, el Turupukllay, la Semana Santa) como si, en el fondo, Roncagliolo apuntase a un público vasto a quien se le debe ofrecer una visión más turística que reflexiva del mundo andino.

El propio Roncagliolo parece justificar esa opción cuando declara que sólo ha querido escribir un thriller cuyo escenario sea el Ayacucho de los años de la postguerra (en realidad, es su símbolo interesante la presencia de un asesino en serie justamente en Ayacucho –vocablo quechua que significa *rincón de los muertos*–, el escenario más sangriento de la vio-

lencia subversiva que se desató en el Perú en 1980: antes, el heraldo de la muerte tenía un rostro y una consigna identificables; con un asesino en serie, no hay culpable o todos lo somos, metáfora que podría ser la imagen de la condición del peruano durante esos años de violencia política).

Abril rojo no es una novela notable, pero sí una novela bien escrita y con el enorme mérito de "atrapar" al lector, que ya es bastante para un escritor que todavía está en camino de lograr la madurez literaria. Y es, indudablemente, un enorme paso respecto de su obra anterior, síntoma (inequívoco, al menos así lo deseamos) de que lo más importante está todavía por venir.